

DOMINGO VI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 17, 5-8): *Bendito quien confía en el Señor.*

Salmo (1, 1-2.3.4 y 6): *«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 12.16-20): *Cristo, primicia de los que han muerto.*

Evangelio (Lucas 6, 17.20-26): *Alegraos y saltar de gozo.*

En ciertas celebraciones: cumpleaños, onomásticas, bodas de oro... suelen llegar adhesiones de los ausentes más íntimos con expresiones de buena voluntad y deseos de dicha: **¡Muchas felicidades! ¡Que lo pases muy feliz!** Algo así expresan las Bienaventuranzas, salvada siempre la diferencia entre nuestros buenos, inoperantes deseos, y la Palabra operante de Jesús, que se formula dentro del estilo y marco costumbrista del Antiguo Testamento: *«Dichoso el que con vida intachable... Dichoso el que no sigue el consejo de los impíos...»* Tales expresiones se repiten en los salmos y, en la literatura griega son frecuentes expresiones parecidas.

La originalidad de Jesús no está, por lo tanto, en la forma o formulación de expresiones que se repiten fácilmente de memoria. La originalidad y grandeza está en su contenido. Aquí sí, estas Bienaventuranzas más que originalidad son chocantes, desconcertantes, paradójicas y provocativas. -**¿Feliz el que llora?**- Invitar a un ciego a contemplar un cuadro, a un sordo a oír un concierto, o a un tullido a dar brincos de alegría, parece más de humor negro o burla sarcástica. Tampoco tiene prejuicios contra la vida ni contra la alegría de la vida. Precisamente, por ser defensor de la vida, quiere iluminarla y señalar los caminos para llegar a la vida en plenitud.

Pretende alertar sobre la respuesta a la principal pregunta de la vida: **¿Dónde está la verdadera alegría y cómo es posible conseguirla?** Porque es posible ser feliz en lo poco y muy desgraciado en la abundancia. Es sin duda mejor cantar hartos que cantar para distraer el hambre. Y cantar dando saltos es mejor que cantar sobre una silla de ruedas. Jesús lo sabe muy bien. Pero también es cierto que es mejor reír que llorar, aunque el que ríe lo haga sobre una silla de ruedas y el que llora intente ocultar sus lágrimas con irisaciones de diamantes. La alegría, si es verdadera, tiene que salir de dentro.

Jesús no canoniza la pobreza, el llanto, el hambre, sino a los sujetos de esas necesidades, es decir, a los pobres, a los hambrientos, a los llorosos. Tampoco pretende oponer o enfrentar dos mundos, el de los buenos y el de los llamados malos, para enseñar que después se invertirá el orden y posiciones de esta vida. Lo que Jesús pretende es integrar y quiere decir: *“es feliz el que sabe estar y comportarse en su situación real pobre o rica”*, si bien el carecer de apoyos humanos ayuda a ponerse en las manos del Padre celestial, mientras que los medios humanos generan autosuficiencia con tendencia a hacer innecesario a Dios y olvidarse de Él.

El experimento de un reparto igualitario de los bienes (comunismo) fracasó porque hizo pobres a todos y vació de esperanza. El llanto, el dolor han provocado el montaje de una industria de medicamentos y de psicofármacos que tampoco han conseguido eliminar el dolor. Las obras benéficas de la Iglesia (Cáritas, Manos Unidas...) o de instituciones particulares (Médicos sin fronteras, Save the children,...) ponen manos a la obra y hacen algo inmediato para quitar el hambre y aliviar el llanto, pero en su limitación de recursos no pueden llegar a todo. Esta es, hasta ahora, la realidad del mundo de los hombres.

Las Bienaventuranzas de Jesús aseguran la presencia de Dios al lado de los que lloran, tienen hambre, son perseguidos y sufren. Eso ya es, de alguna manera, tener parte en el Reino de Dios. Pero esa esperanza remite al más allá, dando pie a la clásica acusación hecha a la religión como *“el opio del pueblo”*. Sin embargo, tener esperanza cierta es ya un gran lenitivo previo del dolor.

Pero Jesús va más allá y empeña su Palabra en el sentido de que el Reino de Dios podrán experimentarlo los pobres y los que lloran en su persona: **«De todas partes acudían a Él dolientes que recibían curación y alivio»**. En el concepto de *“pobre”* entra también la carencia de esperanza, consuelo, compañía, una palabra amable... Esa necesidad sacia Jesús con su Palabra, con su Cuerpo y por medio de las obras de los que se afanan por remediar necesidades y ayudan a los necesitados en su nombre y con su Espíritu.

Las Bienaventuranzas son un lenguaje profético. No son condena de nadie y sí son orientación de todos. Son una seria llamada de atención y puesta en guardia contra la tentación de vivir la vida como si nada hubiera después de la hora presente. Invitan a contemplar la vida y sus realidades con mirada crítica.

Ver la realidad con mirada crítica significa hacerse conscientes de que bajo la máscara de la alegría exterior puede esconderse la realidad de una vida falsificada y torturada. Llegar a estar sobre las realidades de este mundo es una difícil meta de la aspiración cristiana. La lucha dialéctica del ser y el tener, del ideal y la realidad no tiene tregua.